



METODOLOGÍA DE EMAÚS II

La preparación matrimonial tiene un objetivo eminentemente vital y no intelectual. No es, un «curso con charlas» en el que hay que “pasar toda la materia”. No conviene hacer con los novios un estudio sistemático, objetivo e impersonal de materias tales como la doctrina del matrimonio, la sexualidad, la espiritualidad matrimonial, la paternidad responsable, la teología del sacramento, etc. Las intelectualizaciones, no sólo no ayudan, sino que obstaculizan la tarea catequística propiamente tal porque distraen a los novios del objetivo de los encuentros que es «producir eco» o «hacer resonar» en su interior el mensaje de Cristo.

Es necesario que los catequistas se atengan a los objetivos propios de la tarea encomendada. En ningún caso se trata de una especie de «tema libre». Deben recordar que los encuentros con los novios tienen tres objetivos bien concretos: El proceso de fe en la preparación al sacramento; el proceso de ponderación en el discernimiento y el proceso de iniciación a la vida matrimonial, en la preparación e impulso para la primera etapa.

El método que se aplique en esta labor pastoral debe estar al servicio de su objetivo primordial: lograr que los novios se involucren personalmente en el proceso de preparación a su propio matrimonio. Se pretende que lleguen a ser protagonistas de su sacramento y que asuman con la máxima responsabilidad su futura vida matrimonial. Un ejemplo de cómo hacerlo es la catequesis del Señor Jesús a los discípulos de Emaús.

1.- Características del método

- **Que parta de la vida y se oriente a la vida:** que excluya todo tipo de intelectualismos y abstracciones. Ha de transmitir verdades, pero hacerlo al modo de iluminaciones y exhortaciones y no de exposiciones o charlas.
- **Que sea introspectivo:** ha de impulsar a los novios a examinar su propia vida con todo realismo. Cualquier exposición temática abstracta, por muy religiosa que sea, los aparta de su objetivo, puede entretenerlos y enseñarles, pero no los enfrenta con su propia vida.
- **Que sea pedagógico:** que siga el ritmo de vida de los novios sin atenerse a esquemas mecánicos, repetitivos e impersonales que prescinden de la originalidad de éstos.
- **Que sea participativo,** puesto que los protagonistas son los novios y los catequistas sólo los acompañan e iluminan. Para ello deben utilizar preguntas que incentiven la reflexión de los novios sobre su realidad a fin de que puedan plantear sus intereses y el objetivo de su preparación.

- **Que sea testimonial y no impersonal.** No es necesario que los catequistas relaten sus experiencias personales, ya que éstas son intransferibles. Más bien deben irradiar su propio compromiso con la fe y la vida matrimonial. Son testigos del Evangelio y no profesores.

Para apoyar el trabajo que hacen los novios, se les entrega, al comienzo de la preparación, un librito de trabajo que les ayude en la preparación de su “Proyecto de vida matrimonial”. Éste servirá de incentivo a los novios para desarrollar un diálogo profundo sobre su noviazgo, y proyectarlos hacia la vida que quieren comenzar. Ellos plantearán innumerables dudas y consultas a los catequistas, haciendo que el tema de la preparación al matrimonio sea el amor y el compromiso de los novios, iluminado por la fe.

La preparación de los novios en la Iglesia es básicamente una catequesis. Por lo tanto al diseñar las pautas metodológicas, conviene tomar como base un esquema catequístico. Los aspectos que provengan tanto de la perspectiva pastoral como de la litúrgica podrán ser asumidos como aportes parciales complementarios, que se sumarán a él sin modificarlo.

Como en todas las catequesis, la intención en la preparación de los novios al sacramento del matrimonio, tiene que ser la de hacer resonar en el corazón de los novios el mensaje de Cristo sobre el amor humano, el matrimonio y el sacramento, a fin de suscitar su adhesión a Él y despertar en los novios, por su intermedio, un proceso de vida cristiana. En este manual se utilizará un modelo de catequesis tomado de la conversación de Jesucristo con los discípulos de Emaús, en Lucas 24, 13-35. En esa conversación, que es perfecta catequesis, Jesús mostró prácticamente cómo hacer resonar en el corazón de una persona las verdades de la fe.

Este modelo de catequesis distingue cuatro momentos. Éstos servirán de pauta metodológica para diseñar un proyecto amplio de preparación de novios.

DINÁMICA DE ENCUENTROS:

a) PRIMER MOMENTO: ACOGIDA DE LOS NOVIOS



«Ese mismo día, dos discípulos iban de camino a un pueblecito llamado Emaús a unos treinta kilómetros de Jerusalén, conversando de todo lo que había pasado. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar a su lado, pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran.

Jesús les dijo: “¿Qué es lo que van conversando juntos por el camino?»

Ellos se detuvieron con la cara triste. Uno de ellos, llamado Cleofás, le contestó: “¿Cómo, así que tú eres el

único peregrino en Jerusalén que no sabe lo que pasó en estos días? ¿Qué pasó?, preguntó Jesús. Le contestaron: Todo ese asunto de Jesús Nazareno. Este hombre se manifestó como un profeta poderoso en obras y en palabras, aceptado tanto por Dios como por el pueblo entero. Hace unos días, los jefes de los sacerdotes y los jefes de nuestra nación lo hicieron condenar a muerte y clavar en la cruz. Nosotros esperábamos, creyendo que él era el que había de libertar a Israel; pero a todo esto van dos días que sucedieron estas cosas. En realidad, algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron sorprendidos. Fueron de mañana al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, volvieron a

contarnos que se les habían aparecido unos ángeles que decían que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron todo tal como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.» (Lucas 24,13-24)



La catequesis se preocupa de hacer germinar la fe como adhesión a Jesucristo y a la vida nueva que procede de él. Su objetivo se refiere a la vida y no tanto a las ideas. Estas últimas sólo se utilizan como medio para llegar a la vida. Por esa razón, el primer momento de la catequesis prematrimonial consiste en tomar contacto con la vida íntima de los novios. Para ello, los catequistas, apoyándose en el material de reflexión que se ha entregado a los novios para compartir entre ellos, inician el proceso invitándolos a contar algo de su historia como novios, de lo que están viviendo en ese momento, de lo que llevan en el corazón y de sus expectativas de futuro. Ellos preguntan y escuchan con todo respeto e interés. Así, entonces, la catequesis parte de la experiencia de los novios y no de un esquema de los catequistas o de algún tema doctrinal abstracto.

¿Qué venían conversando?

Los catequistas tienen que traducir la enseñanza de Jesús en una forma práctica de entrar en un contacto personal profundo con los novios. Es necesario, entonces, aterrizar la pregunta que Jesús le hace a los discípulos «¿qué venían conversando?». Así apoyarán el efecto de ese conjunto sistemático de preguntas que estarán analizando los novios entre sí. Los catequistas ayudan a los novios a reflexionar sobre su propio proceso de amor como base sobre la cual contraerán matrimonio y fundarán una familia.

Las confidencias de los novios

En los encuentros, las confidencias de los novios se deben transformar en el tema central de la reflexión. No basta con encontrar el acceso a la vida de ellos, para luego cambiar de tema. Por el contrario, la vida y el amor sponsal de ellos es el tema mismo de los encuentros. Es eso lo que se debe iluminar con la luz de Jesucristo.

Hay que mostrarles que es necesario prepararse bien para conservar el amor y hacerlo crecer. Si comienzan hablando de algún tema en forma abstracta, como por ejemplo, de sexualidad, del matrimonio, de métodos naturales, planificación familiar, etc. lo único que se logrará es apartar la atención de lo que debe ser central, su propia vida. Al poco rato estarán mirando la hora, aburridos, esperando que termine pronto la charla.

El testimonio de los catequistas

Aunque se ha insistido muchas veces en el papel importante que juegan en la preparación de los novios, los aspectos experienciales y testimoniales; no hay que olvidar que se trata del testimonio que dan por el hecho de ser un matrimonio maduro en la fe, que está movido por convicciones sólidas. Su testimonio no consiste, por lo tanto, en contar a los novios sus

experiencias personales de vida matrimonial. Deben tener presente que cada historia de vida es única e irrepetible. Ellos viven la suya, los novios vivirán otra muy diferente.

Abrir el corazón

La primera tarea de los catequistas es encontrar el acceso al interior del proceso de vida de los novios. Esta será la condición para que se dé una transmisión vital del mensaje evangélico.



En toda forma de vida existe un «adentro» y un «afuera». Deben buscar el acceso al «adentro» de esa historia de amor que ya se comenzó a escribir antes de que empezaran los encuentros de novios.

Sabiendo que, dadas las circunstancias, los novios estarán poco receptivos, para encontrar el acceso al «adentro», los catequistas tendrán que poner un tema de conversación que capte naturalmente su interés y centre su atención. Lo único seguro con que pueden contar para ello, es una referencia al amor que están viviendo y que va llegando a su culminación en el compromiso matrimonial. Cuando con toda naturalidad, se les invita a que cuenten algo de lo que han vivido juntos hasta ese momento: ¿cómo se conocieron? ¿Cuándo comenzaron a pololear? ¿Cuándo se pusieron de novios? ¿Cómo lo ha tomado la familia? ¿Qué dificultades han tenido?, etc. rápidamente se sentirán cómodos y comenzarán a comunicarse.

Para que el proceso catequético tenga efecto, es importante que los catequistas se experimenten a sí mismos como instrumentos de Dios, como portadores de la Buena Noticia, y sientan que su misión es impulsar una vida que viene de Cristo. Estando en esa actitud, estarán capacitados para crear el clima adecuado a una transmisión de vida cristiana.

En la práctica, la apertura de los novios dependerá del clima de confianza que logren gestar. Es decir, que se sienten respetados, valorados, tomados en cuenta, escuchados, etc. Expresado en forma muy sintética, podemos afirmar que ese clima de confianza se gesta en la medida en que los catequistas acogen a los novios con respeto y amor.

La madurez de las virtudes que los catequistas hayan logrado en su desarrollo personal, repercutirá directamente en el clima de confianza que se producirá en el intercambio con los novios.

También, junto con el desarrollo virtuoso de sus personalidades, la madurez exige crecer en la percepción de lo humano. El efecto de este aspecto de la madurez de los catequistas se va experimentando en la medida en que los novios se dan cuenta de que ellos son capaces de esclarecer, con sabiduría, bondad y prudencia, los procesos de vida que están viviendo. Los novios deben sentir que lo que ellos están viviendo es comprendido por los catequistas de manera tan perfecta, que pueden aportarles luces en su proceso de vida. Así se sienten liberados de sus inquietudes. En cambio, si éstos prejuzgaran desde afuera, los novios se cerrarían y establecerían un muro.



La apertura de los novios dependerá, por último, de la capacidad de escuchar que posean los catequistas. Si un catequista tiene un verdadero interés por los novios, naturalmente estará receptivo para lo que ellos le comuniquen. Su actitud reflejará ese interés. Su manera exterior será atenta, discreta y participativa, de tal manera que los novios se experimenten aceptados y comprendidos. Esta actitud logrará que los novios se abran fácilmente. Se debe notar que están centrados en

los novios y no en el tema que tienen que dar o en sí mismos.

SUGERENCIAS:

Conviene aplicar dinámicas participativas

La catequesis no puede estar ajena a la evolución psicológica de los pueblos. La sociedad actual se ha habituado al uso generalizado de los medios audiovisuales y a las dinámicas.

Actualmente las dinámicas dominan el aprendizaje y hay que introducirlas en el método. En este caso, se puede dramatizar algo del diálogo de los discípulos de Emaús para preparar la iluminación que se hará de la realidad conyugal de los novios con la Palabra de Dios. También se puede preparar el momento de oración con imágenes y cirios, de tal manera que se cree un ambiente. Sin caer en lo artificial o en lo ridículo, conviene revestir el anuncio evangélico del matrimonio, de una cierta solemnidad.

Se puede comenzar con una oración al Espíritu Santo y encendiendo un cirio, para hacer presente que se están adentrando en un misterio, que está fuera del alcance de la comprensión puramente natural. Es la súplica de la luz de la fe, a través de las raíces.

El método de la palabra generadora

Este sistema consiste en proponer para el intercambio con los novios aquellas palabras que se asocian normalmente con los términos sexualidad, matrimonio y familia. Se proponen las figuras y palabras claves y se invita a los novios a que encuentren las asociaciones que les sugieren. Los catequistas clarifican para que adquieran pleno sentido. En base a esa dinámica se logra facilitar la asimilación de los conceptos básicos.

b) SEGUNDO MOMENTO: EL ANUNCIO DE LA ESTUPENDA VERDAD

«Entonces Jesús les dijo: “¿Qué poco entienden ustedes y cuánto les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No tenía que ser así y que el Cristo padeciera para entrar en su gloria?” Y comenzando por Moisés y recorriendo todos los profetas, les interpretó todo lo que las Escrituras decían sobre él. Cuando ya estaban cerca del pueblo al que ellos iban, él aparentó seguir adelante.» (Lucas 24, 24-28)

El diálogo de los novios con sus catequistas se ha centrado en el proceso de amor que los ha llevado a tomar la decisión de unir sus vidas para siempre. Si ha sido un diálogo profundo y realista, necesariamente ha hecho aparecer los anhelos, las dudas, los malos entendidos y las



preocupaciones que los embargan. Su tarea ahora consistirá en proyectar la luz de la fe sobre esas realidades concretas de su historia, de amor presente y futuro, que han salido en el intercambio que han tenido hasta ese momento. Comenzarán, poco a poco, a iluminar con la Escritura y con la sabiduría de la Iglesia las realidades del matrimonio, p. ej.: problemas del diálogo, del perdón, del trato con la familia, de la vida de fe, etc. No se trata de un curso sistemático, sino de abordar lo que se ha conversado para mirarlo a la luz de la fe, a fin de enriquecerlo.

Así como Jesús les explicaba las Escrituras a los discípulos de Emaús, para que ellos comprendieran lo que habían vivido en esos días a la luz del plan de Dios, así también los catequistas explican las experiencias que ellos traen a esa misma luz.

Su anuncio debe involucrar una proclamación de la Buena Nueva sobre el matrimonio, pero, el modo de hacerla debe ser proyectando la Palabra de Dios en la vida de los novios. Sólo así se sentirán involucrados. Conviene que los catequistas utilicen, en lo posible, las mismas palabras que se encuentran en la Escritura. Esto surte el mismo efecto que el sembrar una semilla que más tarde germinará.

Algunos ejemplos de textos que pueden ayudar:

Gn 1, 26-28: la sexualidad procede de Dios, es buena y debe conducir a Él.

Gn 2, 18 ss: la igualdad de dignidad y valor existente entre el hombre y la mujer, para acentuar el trato respetuoso.

Jn 2, las «Bodas de Caná»: el matrimonio natural fue elevado a la dignidad de sacramento.

Ef 5, 1-18: el amor conyugal, elevado a la dignidad sacramental, debe reflejar el amor de Cristo por su Iglesia.

1Jn 4,7: en la experiencia del amor mutuo ya hay una experiencia de Dios.

Mt 7, 21-27: la necesidad de construir su hogar sobre la roca que es Cristo.

La luz se proyecta en las realidades que necesitan ser iluminadas. En cada caso las acentuaciones serán diferentes. Es la realidad de los novios la que marca la pauta. Por otra parte, para que el anuncio de los catequistas tenga el sabor de buena noticia, es necesario que los novios perciban la fragilidad del amor que se tienen, como todo amor humano herido por el pecado, y perciban a Cristo como la única esperanza de superar los innumerables peligros a los que estarán sometidos. Debe crearse una tensión dramática que saque a los novios de la indiferencia. Está en juego su felicidad y Cristo es la única esperanza. Sólo entonces se sentirán impulsados a depositar su confianza en el Señor.



Por último, sería un error pensar que el cambio de un método expositivo por uno pedagógico y experiencial significa dejar de lado la doctrina. Muy por el contrario, se trata de encontrar el mejor camino para que el contenido conceptual y valórico de la visión cristiana del matrimonio se haga accesible al hombre moderno.

c) TERCER MOMENTO: LA RESONANCIA DEL MENSAJE EN LOS NOVIOS

«Pero le insistieron, diciéndole: “Quédate con nosotros, porque cae la tarde y se termina el día.” Entró entonces para quedarse con ellos. Una vez que estuvo a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo repartió y se los dio. En ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero ya había desaparecido.» (Lucas 24, 29-31)



Después de iluminar el proceso de vida de los novios con la Escritura, conviene propiciar un intercambio que no sea sólo intelectual. Se trata más bien, de una convivencia natural y cordial, con un diálogo más libre, con un momento de oración y de celebración. Puede ser el momento de servir algo de comer y de beber para amenizar el encuentro.

Es bueno utilizar símbolos sensibles para que lo que se ha expresado con palabras entre también por los sentidos. Se puede poner la Biblia, adornos y cirios, los anillos, el pan compartido y vino (para recordar Caná) como para preparar la Eucaristía, etc.

Los discípulos de Emaús invitaron a Jesús a quedarse y a compartir con él. Comparten y rezan.

Con este momento más íntimo se estimula la adhesión de los que han escuchado el mensaje. En este intercambio se ilumina la realidad con la Palabra de Dios en forma aterrizada y coloquial.

d) CUARTO MOMENTO: EL COMPROMISO DE VIDA

«Se dijeron uno al otro: “¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” Y en ese mismo momento se levantaron para volver a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los de su grupo. Estos les dijeron: “¡Es verdad! El Señor resucitó y se dejó ver por Simón.” Ellos, por su parte, contaron lo sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.» (Lucas 24, 32-35)



Los discípulos han hecho un largo viaje, pero se sienten comprometidos con la experiencia que han vivido. Por eso, se levantan rápidamente y vuelven a Jerusalén a anunciar el mensaje de la resurrección. Es la forma como expresan su adhesión como un compromiso de vida.

Antes de terminar los encuentros, los catequistas invitan a los novios a mirar hacia adelante para dar forma al

compromiso de adhesión a la Palabra de Dios. Se analiza cómo debería repercutir esa Palabra en su vida futura. Está latente la pregunta: ¿qué cambios nos pide el Señor? Este es el momento de invitar a los novios a sacar las consecuencias de lo que han reflexionado juntos. Esas consecuencias se deben concretizar en propósitos y seguros aterrizados y no sólo en buenas intenciones vagas.

